

poesía

ABRIL EN CASA

Yelitza Ruiz

FLECHA ROJA EDICIONES

ABRIL EN CASA

Yelitza Ruiz

Para Martha y Julio
por el milagro de sus hijos

Abril es el mes más cruel
T.S Eliot

Casa azul

La primera tormenta del año nos llegó.
Era el tiempo en el que resbalábamos
como gota por los suelos
e inundamos ciudades enteras
con el sudor de los cuerpos que lloran al hacer el amor.

En aquella casa siempre fue abril,
nadie nos robó el cuarto mes,
nadie, ni las nubes, o los vientos que abrazan
la tierra por el dolor de la sequía.

Ahora es distinto;
No ha llovido,
el invierno es insopportable,
el verano nos quema con rabia
y nos entierra vivos el otoño
bajo las hojas de nuestro árbol.

Nada es eterno, ni el azul de las paredes,
y temo que el cielo corra con la misma suerte,
es de día,
alumbra la oscuridad de tu casa.

Habitación

La ciudad de calles estrechas
sabe que la habitas,
caminas por la casona vieja que ahora es museo.

Me observas en la lejanía de un balcón
con un pretexto ya cansado,
te parezco conocida cuando hablo de Cátulo y de Pessoa
sin mencionar tu poema.

Amanecer

Amanecí repleta de pájaros,
junto a tus alas que guardan reposo
en medio de un canto que lastima el oído,
que abraza la corteza del árbol,
en la memoria de abril que lleva tu nombre.

Amanecí con el vientre repleto de aves,
en el nido que arde al filo de las ramas.

Acuario

Enjuago mis ojos del polvo
Cuando el viento agita la sombra
De las ramas de abril.

En el asfalto cae la primera gota
como si fuera un cielo nublado
que atemoriza con una tormenta.

Mi madre dice que se llora por necesidad
seca con sus manos
el agua que resbala por mi piel.

Yo le digo que no tiene caso,
que imagine, soy un pez
viviendo en el acuario de mis ojos.

Pero mi palabra no basta;
ella es capaz de vaciar el mar de mis pupilas,
para evitar la amenaza de morir ahogada.

Yo pienso, madre: deberías dejar
que lleguen a mí las aguas,
la sequía amenaza
con matarme de sed.

En el mar de una ciudad

Por un instante la ciudad volvió a ser mía
escondí el silencio bajo mis manos
para dejar al ruido sacudir el polvo de las calles.

Era yo la que barría los pasos,
para esperar que tus pies aparecieran.

Nunca sucedió,
tú sombra no asomó los ojos
se ocultó en las olas,
entre las aguas que pudren el muelle
en el mar de una ciudad que desconoce tu nombre.

Rabieta

Te habías vuelto una eminencia en asuntos de relámpagos
Mario Santiago Papasquiaro

Abril tiene celos de tu sombra
llora, llueve;
hace una rabieta que termina en relámpago.

Abril duerme,
apaga los colores,
aquí todo tiene alma.

Abril no puede con tu sombra,
encuentra consuelo cuando un día cualquiera
amanece mayo.

Él se sienta bajo el árbol,
escucha su sombra
y mira el viento que sacude las ramas.

Verano

Las nubes de estos días me recuerdan a la casa paterna,
a las hojas que levantan el polvo de aquel patio,
a la sombra del árbol donde mi abuelo aguarda mi regreso.

Recuerdo el aroma de los frutos
que plagan mi lengua con el sabor de la guayaba.

No sé cuánto tiempo pasó,
desde el día en que me fui arrastrando maletas,
sólo sé que abril no volvió a casa.

Hoy he vuelto a las habitaciones de la infancia
a encontrarme con mi abuelo bajo la sombra de ese arbusto
He vuelto a la raíz que germina en su tronco,
a toparme con su abrazo para olvidar el bullicio de otros hombres,
vaciar las maletas y dejar que el agua me bañe
y alivie el calor de otros veranos.

Sombra

Cuando abril se va
nada queda en silencio.

Permanece el zaguán que recibe
los pasos de la multitud;
resisten los ecos en el techo,
y el aire que espera ser devuelto
en la boca de otro huésped.

Zurda

¿Cuántos abriles cuelgan de mis ojos?
hacen huelga en una madeja de cabello,
se rehusan al golpe del aire
y a la mano zurda con la que cuentas mi años.

Escapismo

Abril deja morir las horas,
esconde pasos, ahorra huellas.

Abril tiene alas de pájaro silvestre,
finge la bondad de primavera
y estaciona un dolor en la garganta.

Las horas agonizan,
sangran,
gimen.

Sucede que el tiempo se agota;
y al igual que abril,
tengo suficiente viento en las alas para no volver.

Muda

¿Qué ciudades, que pueblos o desiertos
no han visto los más bárbaros estragos?

¿Dónde están los arroyos y los lagos
que no tiñó la sangre de los muertos?

Manuel Carpio

El gendarme me mira con ojos de fuego,
es llamarada cuando se acerca a mí.

Monta en sus lujurias
y cabalga entre sus ansias.

He sentido mis venas frías ardiendo de coraje
y mi cuerpo ha tocado la tierra,
a él se le encendió la sangre y se hizo polvo al lado mío.

El gendarme hurgó en mis pastos verdes,
pero no encontró nada.

Me bañaré en el mismo río,
lo esperaré con olor a tierra mojada
recordando la humedad donde enterró mi cuerpo;
él insistirá en ser viento espeso que perfila el cielo
y volverá motivado por la terquedad
de mi sabor a polvo.

Desamparo

Todos éramos más viejos
nuestros cuerpos parecían iglesias consumiéndose
en las letanías de un rosario.

Decías que la casa estaba llena de fantasmas.

No mentías.

Era el día de desamparar a la memoria
de apagar los faros que asaltan la noche,
de acudir al muelle para detener el llanto.

El suicidio de la tarde,
el destierro de unos ojos,
el estruendo de un abrazo
junto al gemido de tu pecho.

Preguntas

Tengo un rojo recurrente en mi pupila
cargo la amnesia de un pueblo
que recicla personajes,
un hambre que no se larga.

¿Cuánta carne hace falta para alimentar el rebaño de sus ojos?

¿Por qué el dolor transpira bajo el miedo?

¿Por qué su rencor pesa menos que sus alas rotas?

Sordos

Aquí hasta el eco está mudo.

Tienen los ojos sordos,

la boca cerrada,

la sed les secó la memoria

han olvidado beber

algo de sus blancas aguas.

Rojo

No conozco un lugar que haya germinado
sin un lago de sangre a las orillas de su aldea
o un cielo donde los pájaros guarden el luto de su canto.

¿Qué sería de estos pastos
sin el abono rojo que coagula las venas?
Debajo del suelo
los muertos sudan sangre.

Callan,
se llenan de piedad;
saben que en esta tierra
todo lo que nace,
ya tiene dueño.

Tumba

El cementerio es inútil,
los muertos viven;
en el asecho de los vientres,
pudor de los cuerpos.

En la resbalosa lluvia,
en abril.

Sacramento.

Es el agua bendita que cae sobre su frente,

el dolor que los años no tocaron.

Ellos que lavaron nuestros ojos.

Siguen aquí;

con mis muertos que visitan las barrancas,

con los que caminan por las calles.

Mis muertos, nuestros muertos,

siguen en el eco de una celda,

respiran

y beben aire de los vivos.

Noticias

Mi llanto ha secado.
No lamento los diarios,
son fotografías de persecuciones,
rostros desaparecidos.
Para su lectura recomiendo:
un baño de cielo negro,
la vigilia de un viernes.
Pero los diarios lo omiten
sólo publican noticias de tortura.

Ofrendas

Soy la sombra que se esparce en las cenizas de la calma
entre la sangre de tu torso mutilado.

La banda que cubre los ojos,
la alcoba donde reposa el olvido,
la chispa que enciende al mestizo,
y la vela que alumbría su ruego.

La traición de Judas,
el desierto,
los cuarenta días,
la ofrenda que derrama cenizas en la tierra.

No es abril el que temprano llora

no el silencio,

tampoco la muerte que aparece en toda casa.

Es el mes que sangra en la boca de todos,

escupe un llanto

y el gemido de la muerte

que escurre por los días.